

Siempre se sentaba en un rincón de la galería del hotel que miraba hacia el oeste y tejía algo blanco y esponjoso, o azul pálido y esponjoso, al menos siempre era algo esponjoso y delicado. Creo que eran chales, bufandas y gorros. Cuando terminaba alguno, se lo regalaba a alguna niña y comenzaba a tejer otra cosa. Ese verano, todas las jóvenes de Harbour Light vestían algo tejido por los dedos delgados, pálidos e infatigables de la señorita Sylvia.

Era una mujer de edad y tenía esa belleza serena característica de la vejez que es tan hermosa como la belleza de la juventud. Sin duda vivió una espléndida infancia y madurez, porque a los sesenta años era una hermosa mujer. A todos nos sorprendía el hecho de que la llamaran señorita Sylvia, ya que era una de esas mujeres que uno imagina con hijos grandes y robustos y muchos nietos con hoyuelos.

Al principio, cuando llegó al hotel, estaba sola, sentada en un rincón. Al cabo de dos días, siempre se la veía rodeada por un círculo de gente joven. Las personas mayores y de mediana edad también querían acercarse, pero si bien la señorita Sylvia era amable con todos, desde un principio dejó entrever el hecho de que prefería la compañía de los jóvenes. Rodeada por chicos y chicas, jóvenes y solteras, parecía una hermosa reina blanca. Siempre llevaba puesto el mismo vestido, un tanto fuera de moda, pero ninguna otra cosa le habría sentado mejor. Usaba una toca de encaje sobre su cabello nevado y un chal color morado, sobre los hombros cubiertos por la seda negra del vestido. Tejía en todo momento y hablaba mucho, pero, por sobre todo, escuchaba. Nos sentábamos a su alrededor a cualquier hora del día y le contábamos todas nuestras cosas.

Al principio, cuando uno apenas la conocía, la llamaba señorita Stanleyman, pero ella podía llegar a tolerarlo sólo veinticuatro horas. Al cabo de ese tiempo, comenzaba a rogar que la llamaran señorita Sylvia y uno la obedecía y, a partir de ese momento, no dejaba de pensar en ella.

La señorita Sylvia nos quería a todos, pero yo era su preferido. Así se lo dijo con mucha sinceridad a todos y explicó que si nos veían hablando juntos y ella tenía su chal morado caído sobre el brazo, no debían interrumpirnos. Yo estaba tan orgulloso como si fuese un pretendiente olvidado a quien su dama le hacía un honor, ya que no sabía, como supe más tarde, la razón de este privilegio.

La señorita Sylvia tenía una capacidad ilimitada para escuchar nuestros secretos, pero jamás revelaba los suyos. Todos estábamos seguros de que había tenido algún romance en su vida, pero nuestros intentos por descubrirlo resultaron infructuosos. La señorita Sylvia evadía nuestras preguntas vacilantes con tanta habilidad que no cabían dudas de que ocultaba algo. Pero una tarde, al mes de conocerla, si mal no recuerdo después de todos estos largos años de afecto y comprensión, me contó su historia, al menos lo que había para contar. Faltaba el último capítulo.

Estábamos sentados en la galería a la hora de la puesta del sol. La mayor parte de la gente del hotel se había ido a navegar y unos pocos mortales solitarios merodeaban por los jardines y, esperanzados, miraban a hurtadillas hacia nuestro rincón, pero el chal morado indicaba que no debían acercarse.

Mientras tanto, yo le leía uno de mis cuentos a la señorita Sylvia. Para justificarme, debo aclarar que fue ella quien me indujo a hacerlo. No suelo pasearme con manuscritos bajo el brazo para torturar a mujeres indefensas. Pero la señorita Sylvia se enteró de que yo escribía para revistas y, más aún, que esa misma mañana me había encerrado en la habitación para escribir un cuento e insistió en que se lo leyera.

Era un cuento bastante triste. El héroe amaba a la heroína y ella también lo amaba. No había razón alguna que le impidiera amarla, pero había una razón que le impedía casarse. Cuando se dio cuenta de que la amaba, supo que debía marcharse. Pero ¿debía decirle que la amaba? ¿No debería, al menos, buscar su consuelo, si en realidad ella lo amaba? En su interior se libraba una batalla, que finalmente él ganó. Se marchó sin decir una palabra y con la convicción de que ése era el camino más caballeroso que podía tomar. Cuando comencé a leer, la señorita Sylvia tejía, esta vez algo verde claro, de esa tonalidad delicada de las hojas frescas de mayo. Pero después de unos minutos, el tejido se deslizó sobre su regazo, sin que ella lo advirtiera, y cruzó las manos sobre el tejido. Fue el mayor cumplido que recibí en toda mi vida.

Cuando di vuelta la última página del manuscrito, y levanté la vista, los ojos castaño claro de la señorita Sylvia estaban cubiertos de lágrimas. Alzó las manos, las apretó con fuerza y me dijo con voz agitada:

—No... no... no lo dejes partir sin decirle nada a ella. ¡No dejes que lo haga!

—Pero, señorita Sylvia —expliqué, halagado al ver que mis personajes le habían parecido tan reales—, eso arruinaría el cuento. En ese caso, no tendría razón de existir. Su leitmotiv es precisamente el dominio que tiene sobre sí mismo. Él considera que es el camino más noble.

—No, no lo fue. Si él la quería, debía decírselo. Piensa en la vergüenza y en la humillación de ella... lo amaba y él se fue sin decir ni una palabra y ella nunca pudo llegar a saber si él la quería. ¡Por favor! Debes cambiar ese final. Debes cambiarlo. No

puedo soportar la idea de que sufra como sufrí yo.

La señorita Sylvia no pudo controlarse y sollozó. Para calmarla, le prometí que cambiaría el final del cuento, si bien yo sabía que de esa manera lo dejaría sin sentido.

—Bueno, ¡qué suerte! —dijo la señorita Sylvia con los ojos brillantes por las lágrimas—. Sé que eso la hará feliz. Lo sé. Te contaré mi pequeña y pobre historia para que te convenzas. Pero no... no se la cuentes a nadie.

—Lamento que considerase necesario hacerme esa advertencia —dije con tono de reproche.

—No, no lo considero necesario —se apresuró a contestar—. Sé que puedo confiar en ti. Pero es una historia tan pequeña y tan pobre. No debes reírte... fue el único romance que tuve en toda mi vida. Hace unos años... cuarenta años... cuando tenía veinte, quise mucho a una persona. Lo conocí en un lugar de veraneo como éste. Yo estaba allí con mi tía y él, con la madre, una mujer muy delicada de salud. Nos veíamos muy a menudo. Él era... era como ningún otro hombre de ese mundo. De algún modo, tú me recuerdas a él. En parte es por eso que te aprecio tanto. Noté el parecido la primera vez que te vi. No sé en qué consiste exactamente; creo que en tu expresión y en la manera de llevar la cabeza erguida. Él no era fuerte, solía toser mucho. Luego, un día se marchó. Yo pensaba que me quería, pero nunca me lo dijo; tan sólo se marchó. ¡Qué dolor! Después de un tiempo, supe que lo habían enviado a California por problemas de salud y allí murió en la primavera. En ese momento, mi corazón quedó deshecho y nunca volví a amar a nadie. No pude. Siempre lo quise a él, pero el dolor me habría resultado menos difícil de sobrellevar si tan sólo hubiera sabido que él me amaba. ¡Habría sido tan diferente! Y el dolor aún está allí, después de todos estos años. Ni siquiera me puedo permitir disfrutar de los recuerdos porque tal vez nunca me amó.

—Seguramente la quiso —dije con calidez—. No habría podido evitarlo, señorita Sylvia.

La señorita Sylvia hizo un gesto negativo con la cabeza y sonrió con tristeza.

—No puedo estar segura. A veces pienso que me amaba, pero después me vuelve a asaltar la duda. Daría cualquier cosa con tal de saber que me amaba y que no deposité todo mi amor en un hombre que no estaba dispuesto a recibirlo. Y nunca lo podré saber... nunca... Puedo tener esperanzas, incluso creer que me amaba, pero jamás lo sabré. No puedes entenderlo... ningún hombre podría llegar a comprender cabalmente mi dolor. ¿Entiendes ahora por qué quiero que cambies el final del cuento? Siento pena por esa pobre muchacha, pero si tú tan sólo le permites saber que él la ama, el resto no le importará. Así podrá soportar el dolor de estar separada de él, incluso aunque sea para toda la vida.

La señorita Sylvia tomó el tejido y se marchó. En cuanto a mí, no pude dejar de pensar en ese hombre al que ella amó y considerarlo un sinvergüenza, o en el mejor de los casos, un tonto.

Al día siguiente, la señorita Sylvia había recobrado su serenidad y su sonrisa y no volvió a hacer ninguna referencia a lo que me había contado. Dos semanas más tarde, regresó a su casa y yo regresé a mi mundo. Durante el invierno le escribí varias cartas y recibí sus respuestas. Las cartas eran como ella. Cuando le envié la revista de mala calidad que había publicado mi cuento —sólo una revista mediocre lo hubiese aceptado con ese final—, me escribió para decirme que se alegraba de que yo le había permitido a la joven saber la verdad.

Hacia principios de abril, recibí una carta de una tía mía que vivía en el campo, en la cual me contaba que quería vender la casa y venirse a vivir a la ciudad. Me pedía que fuese a Sweetwater por un par de semanas para ayudarla a acomodar la casa y a deshacerse de aquellas cosas que no quería conservar.

Cuando llegué a Sweetwater, estaba húmedo y fresco, con esa humedad bañada de sol y el frío helado característicos de nuestra primavera canadiense. Las primaveras son largas, inestables, y rebeldes, pero tienen un encanto indescriptible. Incluso había algo en los brotes rojos de los arces de Sweetwater y en los vastos y humeantes campos que se extendían sobre las laderas de los cerros que me producía una emoción en las venas, más hermosa y penetrante que la emoción que podría provocar cualquier vino añejo.

Al cabo de una semana, cuando ya habíamos puesto en orden lo más importante, tía Mary me pidió que examinara la habitación de tío Alan.

—Nunca he revisado nada desde que murió —dijo—. Sobre todo, hay un viejo baúl lleno de cartas y papeles. Lo trajeron aquí desde California después de su muerte. Nunca las leí. No creo que haya nada importante allí. Además, no voy a cargar con toda esa basura a la ciudad. Por lo tanto, quisiera que te fijaras si hay algo que debemos guardar; el resto, lo quemaremos.

La tarea no me resultaba interesante; tío Alan era sólo un nombre para mí. Era el hermano mayor de mi madre, y había muerto muchos años antes de que yo naciera. Sabía que había sido un hombre muy inteligente y que todos habían esperado grandes cosas de él. Pero yo no esperaba obtener ningún placer en explorar viejas cartas enmohecidas y papeles de cuarenta años olvidados.

Fui hasta la habitación de tío Alan al anochecer. Había sido un día caluroso y con lluvias, pero el cielo ya se había despejado y las ramas desnudas de los arces resplandecían por el brillo de las gotas. La habitación estaba orientada hacia el norte y siempre estaba oscura debido a los pinos de Sweetwater que crecían junto a la

ventana. Habían cortado algunos pinos que miraban hacia el noroeste y a través de ese claro pude admirar el mar que tío Alan había amado tanto y, por sobre el mar, el cielo dorado por el atardecer y salpicado de nubecitas pálidas, rosas, amarillas y verdes, que de pronto me hicieron recordar a la señorita Sylvia y a su tejido esponjoso. Con el recuerdo de ella, encendí una lámpara y emprendí la tarea de inspeccionar el baúl de papeles de tío Alan. La mayoría eran manojos de cartas amarillentas de su familia y de sus amigos de la universidad, las que ya no parecían tener importancia. Había varias tesis y ensayos y una infinidad de cosas vinculadas con su época universitaria. Revisé rápidamente la colección de papeles hasta que, en el fondo del baúl, encontré un librito encuadernado con un cuero de color verde oscuro. Resultó ser una especie de diario y comencé a leer con lánguido interés.

Comenzaba en la primavera que siguió a su graduación. Si bien sólo él lo sospechaba, la enfermedad que acabaría con su vida ya lo había atrapado. Las líneas que había escrito eran las de un hombre sentenciado a muerte que busca algún tipo de ayuda y consuelo en la comunión externa con su propio ser que le ofrece un diario, ya que sentía caer sobre él la maldición, como si fuese una helada, que marchitaba todas las justas esperanzas y promesas de la vida. No había escrito nada mórbido ni cobarde. A medida que daba vuelta las hojas, descubrí que tío Alan me agradaba y deseé que estuviese vivo para ser su amigo.

Como su madre aquel verano no estaba bien de salud, el médico le aconsejó ir a la costa. Alan la acompañó. Aquí había un blanco en el diario. Las hojas no estaban rasgadas, pero resultaba evidente que unas veinte hojas se habían soltado de los hilos que las sujetaban. Más tarde, las encontré en el baúl, pero en ese momento pasé a la siguiente página y leí algo que comenzaba abruptamente:

Esta joven es la criatura más dulce que Dios alguna vez haya creado. Jamás conocí una mujer más justa y dulce. Su belleza me infunde respeto y la pureza de su alma brilla con tanta claridad a través de su belleza como si fuese una lámpara que ilumina. La amo con toda mi capacidad de amor y me siento agradecido por esto. Habría sido muy cruel morir sin haber conocido el amor. Me alegro de que esto me suceda, aun cuando el precio que debo pagar no es más que una amargura imposible de describir. Ningún hombre que haya conocido y amado a Sylvia Stanleyman ha vivido en vano.

No debo buscar su amor; eso me está vedado. Si yo estuviese bien y fuese fuerte lo ganaría. Sí, creo que lo ganaría y nada en el mundo me impediría intentarlo, pero en estas circunstancias, sería un cobarde si lo intentara. Sin embargo, no puedo resistir a la tentación de verla, de hablarle, de contemplar su hermoso rostro. La tengo presente día y noche, habita en mis sueños. ¡Sylvia, mi amor, te amo!

Una semana más tarde escribió:

17 de julio

Tengo miedo. Hoy vi en los ojos de Sylvia algo que al principio sacudió de alegría las fibras de mi corazón, pero luego recordé. Debo evitar que sufra, aunque tenga que pagar un precio muy alto. No puedo permitirme soñar con la dulzura peligrosa de que su corazón se está volcando hacia mí. Lo que para otro hombre sería la máxima alegría para mí significa un nuevo dolor.

Luego:

18 de julio

Esta mañana tomé el tren para la ciudad. Me decidí a saber lo peor de una vez por todas. Llegó el momento en que debo saberlo. El médico de casa me dio vagas esperanzas y algunos «tal vez». Por lo tanto fui a ver a un renombrado médico de la ciudad. Le dije que quería toda la verdad... lo obligué a que me la dijera. Arrancada toda la verborragia paliativa, la verdad es la siguiente: tal vez tengo ocho meses o un año de vida... ¡no más!

Yo lo esperaba, pero no tan pronto. Sin embargo, la certeza no es menos amarga. Pero éste no es el momento de sentir compasión por mí mismo. En quien debo pensar ahora es en Sylvia. Me iré cuanto antes, antes de que el dulce cariño que tal vez está brotando en su virgen corazón haya florecido y se convierta en una flor que podría envenenarle los mejores años de su vida.

19 de julio

Ya está. Hoy le dije adiós delante de otros, porque no me atrevía a verla a solas. Estaba dolida y asombrada, como si alguien le hubiese asestado un golpe. Pero pronto lo olvidará, aun cuando no me haya equivocado al leer en sus ojos. En cuanto a mí, la amargura de la muerte ya desapareció con la despedida. Todo lo que resta ahora es jugar al hombre hasta el final.

Por otras anotaciones en el diario me enteré de que Alan Blair regresó a Sweetwater y que más tarde lo enviaron a California. Durante ese período, escribió poco y con poca frecuencia, pero siempre escribía sobre Sylvia. Por último, después de un silencio prolongado, escribió:

Creo que el final no está lejos. No lamento haber sufrido tanto este último tiempo. Anoche estuve más aliviado. Dormí y soñé que veía a Sylvia. Pensé en una o dos oportunidades hacer que le enviaran este diario después de mi muerte, pero decidí que sería insensato. Sólo le causaría dolor, por lo tanto lo destruiré cuando sienta que la hora haya llegado. Ya está oscureciendo en esta hermosa tierra. En casa, en Sweetwater, aún es primavera y la nieve se demora en las afueras de los bosques. Allí, los crepúsculos son de color amarillo crema y rosa pálido. ¡Si tan sólo pudiera verlos

una vez más! Y a Sylvia...

Había una pequeña mancha de tinta donde cayó la lapicera. Era evidente que el final llegó antes de lo que Alan Blair había pensado. Al menos no escribió más y tampoco destruyó el librito. Y me alegré de que hubiese llegado a mis manos para así poder escribir el último capítulo de la historia de la señorita Sylvia.

En cuanto pude irme de Sweetwater, fui a la ciudad, donde ella vivía, a cinco kilómetros de distancia. La encontré en la biblioteca, con su vestido de seda negra y su chal morado, tejiendo con una lana color crema, como si la hubiesen trasplantado desde aquel rincón de la galería del Harbour Light.

—¡Mi pequeño muchacho! —me saludó.

—¿Sabe por qué vine a verla? —pregunté.

—Soy lo suficientemente presumida como para pensar que querías venir a verme.
—Sonrió.

—Por supuesto que quería verla, pero habría esperado hasta el próximo verano si no hubiese sido porque quise traerle el último capítulo de su historia...

—No... no entiendo —dijo la señorita Sylvia, un tanto sobresaltada.

—Tuve un tío, Alan Blair, que murió hace cuarenta años en California —dije con voz pausada—. Hace poco, tuve ocasión de revisar sus papeles y encontré su diario. Se lo traje, porque considero que usted es la persona que tiene más derecho a conservarlo.

Dejé caer el paquete sobre su regazo. Estaba callada, sorprendida y confusa.

—Y ahora —agregué—, me voy. No querrá verme a mí ni a nadie después de leer este diario. Pero vendré a verla mañana.

Cuando regresé al día siguiente, ella misma me abrió la puerta. Me tomó la mano y me condujo a la sala. Sus ojos estaban radiantes de alegría.

—¡Me has hecho tan feliz! —dijo con voz trémula—. ¡Nunca podrás saber lo feliz que me has hecho! ¡Nada puede dolerme ya, nada podrá dolerme jamás, porque ahora sé que me amó!

Apoyó el rostro en mi hombro, como se apoyaría una muchacha en el hombro de la persona a quien ama; yo me incliné y la besé en nombre de tío Alan.